



El Requeté

DIOS - PATRIA FUEROS - REY

Ni me caso ni me vendo, de retóricas no entiendo, y al traidor llamo traidor



SUSCRIPCION	
Año	\$ 4.-
Semestre	" 2.-
Número suelto	" 0.10

Redacción y Administración
Bernardo de Irigoyen 483
U. T. 38 Mayo 3134

FRANQUEO PAGADO	
Correo Argentino	Tarifa Reducida
	Concesión N° 4536

AÑO I BUENOS AIRES, 1° DE JULIO DE 1939 N° 8

UNA GRAVE ADVERTENCIA SINTOMÁTICA Los Sucesos de Pamplona

★ ★ ★ ★ ★
La Generalísima de Carlos V

Sea cual fuere la importancia exacta de lo ocurrido en la capital de Navarra, como consecuencia del desorbitado artículo de Giménez Caballero, —el mismo que al principio del Movimiento se pusiera la gloriosa boina roja como un pararrayos protector en la misma Pamplona— ello es un grave síntoma que confirma plenamente cuanto EL REQUETE ha venido anunciando.

Si fuese de alguna utilidad, podría alabarse EL REQUETE de conocer perfectamente los entretelones de la política, que hasta ahora se ha llamado de Salamanca, y más, mucho más el sentir y los deseos y aspiraciones de los Requetés.

Es un hecho tristemente innegable que el Caudillo Franco, de procedencia y educación liberales, se ha dejado vencer por el espíritu y las tendencias de Falange, haciendo más caso del número que de la calidad, sin dar la más mínima satisfacción al ideario carlista, a pesar de haber sido siempre y en todas partes los requetés y no los falangistas quienes le proporcionaron las más sonadas victorias y, si hicieron posible la continuación del Movimiento, fracasado militarmente en sus comienzos, fueron también los elementos resolutivos de la victoria final.

Desde octubre de 1936 empezó la labor obstaculizadora para el reclutamiento de Requetés, y, no sólo en Andalucía, donde se hubieran reclutado con seguridad diez mil más en los primeros meses, de no haberse atravesado algunos individuos del Estado Mayor de Queipo de Llano, sino en el mismo Norte, donde se coaccionaba a los jóvenes que atravesaban la frontera y manifestaban deseos de alistarse en el Requeté, que eran incomparablemente los más, bien incorporándolos al Ejército por estar en edad militar, bien prometiéndoles que luego podrían trasladarse al Requeté.

En las oficinas del Paseo del Empecinado en Burgos se deben conservar todavía miles de fichas pidiendo el traslado al Requeté por manifestación y deseo expreso de los solicitantes, sin que se llegase a obtener de la Jefatura de Milicias ni el uno por ciento de las solicitudes.

Al derrumbarse el Norte los gudarías prisioneros, hijos y nietos, muchos de ellos, de padres y abuelos que habían hecho las anteriores guerras carlistas, se hubieran alistado por miles en los Tercios de Requetés, para cubrir las bajas que se sucedían con rapidez fulminante; pero sólo con cuentagotas se llegaba a lograr que alguno pudiese ser sacado del campo de concentración y alistado, obligándoseles, en cambio, a incorporarse al Ejército y aún a alguna de las contadas Banderas de Falange, cuyas bajas se cubrían con dificultad extrema, a pesar de las multitudes que desfilaron en la retaguardia.

Para que se tenga una idea aproximada del pensamiento que primaba en el Estado Mayor de la Jefatura de Milicias basta recordar que costó Poblet y Santas Creus lograr que como premio al comportamiento heroico del Tercio de Requetés catalanes de Ntra. Sra. de Montserrat por su defensa homérica en Codo, que salvó, con Belchite y Quinto, a Zaragoza, no viniese la disolución del Tercio por haberse quedado en cuadro.

Fué preciso acudir al Jefe Superior de Milicias, general Monasterio, y al mismo Generalísimo para convencer a la Jefatura de Milicias que era una aberración insensata y antimilitar la anulación de una unidad táctica, cuyo sólo nombre importaba comportarse con el máximo heroísmo.

Justicia es reconocer que el Generalísimo, como buen militar, comprendió toda la fuerza del argumento y ordenó las máximas facilidades para reorganizar el Tercio que, a los pocos días, constaba ya de 500 hombres.

Es indiscutible que en la retaguardia por cada requeté había diez falangistas, preparados para los desfiles, aunque en las elecciones de febrero el máximo de votos a José Antonio Primo de Rivera fué de algo más de 4.000 en Madrid y poco menos de siete mil en Cádiz que era su provincia y de la que había sido diputado, contra casi setenta mil del derechista derrotado. En cambio en el frente no había un falangista por cada

veinte requetés, y, de haber consentido libertad de adscripción se hubieran formado más de cincuenta Tercios en los seis primeros meses de campaña.

Mientras duró la guerra, el Carlismo sufrió mil desaires y soportó injurias tan graves como el destierro sin ningún motivo, del gran forjador del Requeté, preparador y animador del Movimiento y Jefe Delegado del Rey Don Alfonso Carlos. Vió como el grito de ¡viva el Rey! fué declarado subversivo, como en tiempo de la nefasta República, y se prohibió el primero de sus tres gritos reglamentarios: ¡viva Cristo Rey!

Se había incitado al Requeté con tanta insistencia como equivocación, a suspender el logro de sus más caras aspiraciones para no entorpecer —se decía— la victoria, y los Requetés callaron, aún ante la imposición de un programa que no era, ni remotamente, el suyo, y la repetición reiterada de agravios que culminaron en la orden de expulsión impartida contra el Regente de la Comunión Tradicionalista, únicamente por celos y envidias mal reprimidos.

Pero la guerra terminó con felicidad y los agravios represados romperán el dique, si Dios no pone tiento en el proceder del Caudillo, al cual el hecho del caudillaje militar concedió prerrogativas y derechos verdaderamente excepcionales y a justo título; pero cuya autoridad, como Jefe del Estado, viciada originalmente por la falta de intervención de las dos fuerzas populares que legitimaban jurídicamente el Movimiento del Ejército, ya que fué elección amañada por unos pocos políticos y ejecutada subrepticamente por contados generales, NECESITA imprescindiblemente la legitimidad de ejercicio, bajo pena de convertirse en autoridad meramente tiránica, cuyos actos todos resultarían viciados radicalmente.

El Carlismo aceptó demorar hasta la conclusión de la campaña la cuestión monárquica; pero jamás renunciar a ella, como jamás aceptar ninguna solución que no esté conforme con la voluntad del último Rey, Don Alfonso Carlos, y con los principios tradicionales, con repudio absoluto y perpetuo de la rama usurpadora.

El Carlismo, ante el peligro de España, hizo caso omiso de sus principios regionalistas; pero jamás renunciará a ellos; y, si EL REQUETE añadió a la sublime trilogía que lo encabeza, la palabra FUEROS —no necesaria en realidad para un carlista, que los halla en la palabra PATRIA— fué porque sabía anticipadamente que la primera batalla a librarse después de la guerra, sería precisamente alrededor de las libertades regionales.

EL REQUETE conoce de tiempo la monomanía de la limitación extranjerizante de los elementos de Falange y no podía dudar de que se intentaría repetir el experimento de Alemania.

Prescindase de que en la vida de las naciones ni cinco ni veinte años representan gran cosa, y dése de barato que es un hecho indestructible la uniformidad alemana, decretada por Hitler ¿qué conocimiento, no ya psicológico, sino histórico supone equiparar el pueblo hispano al germano?

De los alemanes se puede afirmar que marcan el paso ya desde el seno materno, y de los españoles, que se mueven inquietos y rebeldes hasta bajo la losa del sepulcro. Los descendientes de los fieros guerreros de Indibil y Mardonio, que cantaban su salvaje independencia desde lo alto del cruentísimo suplicio de la cruz, nada han perdido de su individualismo, que podrá considerarse un defecto; pero que es nota característica, imborrable e indestructible del carácter español.

Los fueros y privilegios, reconocidos a las regiones españolas y defendidos ardientemente por el Carlismo, como patrimonio tradicional del pueblo hispano, ni le han impedido ser el partido más ardientemente españolista de la Patria, ni han dificultado que la región más fuerista de España, la carlista Navarra, haya sido el factor imprescindible al principio de la epopeya hispánica y principalísimo siempre hasta culminar en la victoria.

Y ahora pretenden los Giménez Caballero, veletas que se han orientado a varios y encontrados vientos, que Navarra des-

En el desfile de la victoria fué llevada la gloriosa enseña de Carlos V, llamada la Generalísima, porque lleva, bordada por la misma Princesa de Beira, se gunda esposa de Carlos V, la imagen de la Virgen de los Dolores, a la que consagró solemnemente los Ejércitos carlistas en 1836.

Ocupó, durante la vida de Carlos VII, lugar prominente en el Cuarto de Banderas del Palacio Loredán en Venecia entre multitud de trofeos, a cual más gloriosos y más tarde pasaron a poder de Mr. Midleton, quien ha tenido la gentileza de regalárselos a la Diputación de Navarra.

En el mismo desfile y entre aquel mar de boinas rojas, pudo verse, marchando en el Tercio de Montejurra, a tres generaciones de carlistas; abuelo, padre y nieto, los tres de Ci-rauqui.

Lo que es la Monarquía Tradicional

Nosotros nos declaramos francamente monárquicos, pero no monárquicos de una Monarquía parlamentaria, sino de una Monarquía tradicional; ¡Enemiga del pueblo la Monarquía, que le amparó en sus luchas contra la nobleza y contra los señores feudales hasta que acabaron con su poderío! ¡Enemiga del pueblo su fidelísima aliada, que fundó y protegió la vida de los Municipios, cuna gloriosa de nuestras libertades públicas. ¡Enemiga del pueblo su protectora secular, que le llamó a sus Cortes un siglo antes que todas las Monarquías del mundo! ¡Enemiga del pueblo la que le abrió las puertas de las Universidades; la que colaboró con él en las más difíciles empresas; la que dió ideales a la conciencia popular y convivió con ella en unos mismos anhelos hasta la hora fatal en que Constituciones y Parlamentos exóticos rompieron ese nexo secular, predicando los dos grandes mentiras en que se encierra toda la historia de nuestra decadencia política: la gran mentira de la Monarquía constitucional, que apenas si tenía nada de Monarquía, porque le faltaba el alma de la Tradición y le sobra el estorbo de los fetichismos parlamentarios; y la gran mentira de la soberanía popular, que no era popular ni era soberana, porque no era sino la suma de todas las oligarquías sobre la voluntad del pueblo condenada a servidumbre constante.

ESTEBAN BILBAO.

Jamás se ha derrotado a un adversario haciendo concesiones a su bandera y a su causa.

Vázquez de Mella.

(Continúa en la pág. 2)

DOCUMENTO PARA LA HISTORIA

Ellos y Nosotros

Mis queridos amigos:
 Ante la orden superior comunicada verbalmente a mi Jefe Deleg. por el General Dávila el 20 de Diciembre, para que abandonara cuanto antes el territorio Español, orden que fue cumplida sin pérdida de tiempo por aquí, dando una nueva y magnífica prueba de su alto patriotismo. Yo, como Príncipe Regente y Caudillo de la Comunión Tradicionalista, después de haberme comunicado con vosotros en la forma y medida posibles dentro de las dificultades y tardanza que implica mi vida en el extranjero y después de haber dejado pagar los días necesarios para poder reunir suficientes elementos de juicio, me creo en la obligación de conciencia de escribiros la presente carta, tanto por las responsabilidades que sobre mí pesan, en estas horas históricas para la Patria y para la Civilización Cristiana, como porque vosotros en estos momentos personificáis la representación más calificada de la auténtica Tradición Española.

El silencio, que tanto mi Jefe Delegado en el destierro, como todos vosotros en España, habéis guardado, sin contribuir a la labor de quienes han divulgado y siguen divulgando, hasta en otros países, la noticia deformada y monstruosa, implica una actitud de obediencia y sumisión en bien de la Patria, que no puede menos de ser considerada como una prueba más de la lealtad de nuestra Comunión. No entro en detalles del hecho doloroso, porque habiéndolo vivido vosotros, lo conocéis mejor que yo; más bien he de enfocar la cuestión desde el punto de vista, que de momento, es el más interesante para todos.

Fal Conde ha actuado no de un modo personal, sino representando perfectamente el espíritu de nuestra organización y adoptando sus usos y costumbres. Porque aquel espíritu es el de rendir la mayor eficacia en la guerra, en servicio exclusivo de la Patria, quiso completar los encuadramientos y mandos subalternos del Requeté, siempre bajo la dirección y mandos militares, mediante una mayor capacitación de la Oficialidad del Requeté, que siempre fue nombrada dentro de la Comunión, y que, desde los primeros momentos, fué aceptada y utilizada por el Mando, en función propia o auxiliar, según lo estimó conveniente y adoptó al hacerlo los usos y costumbres de la Comunión al dirigirse a ésta en forma de decreto y al buscar el mayor estímulo en el cumplimiento del deber por los Oficiales, mediante la firma de los nombramientos por la más alta Jerarquía de la Comunión, ostentada al presente por mí que nada ha obligado tanto a nuestros leales para el sacrificio, como el heroísmo, como el nombramiento, la condecoración, o la carta del Caudillo de la Comunión, y, por otra parte, no hay que olvidar que la Persona de mi augusto Tío, fué quien dió la orden de entrar de lleno en el movimiento en servicio exclusivo de la Religión y de la Patria, dejando a un lado, ahora, la cuestión de Rey, actitud tanto más patriótica cuanto que era él quien encarnaba la Institución Monárquica. Muerto el Rey ni Yo ni mi Jefe Delegado, Fal Conde, nos hemos apartado ni un ápice de ésta

Patriótica línea de conducta, que aquel nos dejó trazada.

Siendo todo esto así, es claro que la sanción recaída sobre Fal Conde cae de lleno y directamente sobre la Comunión, y nos llega a todos.

Si una cuestión netamente de forma, podía aparecer inoportuna e inducir a error sobre el significado del acto a los menos conocedores del régimen interior de la Organización, y de la organización interna, del Requeté, todo ello podía haberse remediado plenamente mediante aclaración que el Patriotismo de mi Jefe Delegado hubiera facilitado en el acto y en la que se hubiera determinado, sin lugar a dudas, que se trata de una disposición del Régimen interior de la Comunión y del Requeté, ajustada a antiguo uso y costumbre y dentro de la más perfecta subordinación al ejército, que precisamente nadie como Fal Conde ha exaltado como necesario desde que comenzó el movimiento.

Si a pesar de cuanto va señalado, todavía se cree que no debe tenerse en cuenta la persona de Fal Conde, Yo, quiero señalar aquí los extraordinarios y singulares servicios prestados a la Patria y los méritos por él contraídos que le hacen acreedor tanto a la estima de todo buen español, como al derecho de que no se interprete ningún acto suyo sino con el sentido recto y patriótico que su vida y su conducta demanda.

Fal Conde fué el hombre que sufrió persecuciones, cárceles, confiscación de bienes durante la República y que no obstante esto comprendió siempre que solo una preparación y organización militarizada de la Comunión junto con una actuación de la parte sana del Ejército, podrían salvar a España.

Fué él quien frente a las dificultades enormes que entonces se encontraban y siendo solamente Jefe Regional de Andalucía, organizó ese brillante y eficaz Requeté Sevillano, que tanto ayudó al General Queipo de Llano en los primeros momentos tan difíciles en Sevilla, y que fué la base del hoy mandado por el Teniente Coronel Redondo, que cuenta las victorias por las acciones de guerra, lo mismo en la cuenca de Río Tinto, que en los avances sobre Ronda y Málaga, o en las recientes operaciones sobre Córdoba y Jaén.

Fué Fal Conde quien elevado a la Jefatura de la Comunión en 1934, acomete y realiza la creación y organización en toda España de esos admirables Requetés, buscándoles el encuadramiento de mando, dándoles un reglamento y una ordenanza que condensa todo su espíritu y elevada moral, y hasta procurando, a grupos más selectos, una especialización en el extranjero para su mayor eficacia.

Fal Conde contra el general ambiente y adelantándose a lo que es hoy un postulado del Movimiento, rehúsa una y otra vez al acudir a las lides Parlamentarias sin admitir una acta de Diputado y mientras, incluso militares, fiaban la solución a actuaciones posibilistas y de menor riesgo, él lo arriesgaba todo, y de acuerdo con el llorado y heroico General Sanjurjo, (con el General Rodríguez del Barrio cuando representaba la Dirección del Movimiento en Madrid, con el General Varela cuando pasó a manos de éste, y por último

con el General Mola) fiaban únicamente la salvación de la Patria, a la rebelión armada; y el hecho incontrovertible es que cuando estalló el Movimiento y tantas y tan interesantes aportaciones fallaron; hubo una, una sola, que excedió en mucho a lo ofrecido y esperado, y fué la aportación de los Requetés, sobre todo en Navarra, sin la cual no hubiera sido posible sostener la situación ante el fallo de la Escuadra y de importantes guarniciones. Pues esta aportación que tan decisiva trascendencia ha tenido, que superó a todo lo esperado, y que en Irún y en San Marcial, en todo el frente Guipuzcano y Alavés, como en todos los demás, tal eficiencia combativa ha demostrado, esa aportación no fue otra cosa que el fruto de toda la preparación, organización y espíritu con que Fal Conde trabajó con tenacidad y constancia inspiradas en el más alto Patriotismo. De quién así ha procedido y tiene en su glorioso haber tales y tan extraordinarios méritos, contraídos en servicio de la Patria, no cabe pensar que un acto suyo, que tiene una lógica y recta interpretación, pueda por una cuestión de forma, menos oportuna para los extraños a la Comunión, tomarse como un acto contra la Patria, contra el Ejército y contra el Generalísimo. Tan monstruoso y absurdo es el supuesto en quién tiene tal hoja de servicios que no puede menos que ser rechazado.

Ante lo ocurrido. Yo, quiero daros un consejo, que en este momento solemne que algún día recogerá la Historia, tiene el valor de una orden terminante.

Somos víctimas de una injusticia, no por mala fé, sino por desconocimiento de lo que somos y de mucho de lo antes consignado; a ello ha contribuido cierta atmósfera creada, y no con buena fé, en torno a los que dirigen, y por la cual se trata de desvirtuar la gloriosa actuación del Requeté, como una interpretación absurda de diversos hechos y actuaciones de esa Junta, que no persigue más fin que el de la mayor eficacia en el servicio de España y en su colaboración con el ejército. Pues bien; a pesar de todo eso, como nosotros no servimos para intrigas ni para insidias, como nosotros somos incapaces de causar el menor mal a España, a la que amamos exaltadamente, como nuestra misión es ayudar a salvarla, y como para ello no hemos regateado sacrificios y estamos dispuestos a otros nuevos, sin llegar a ningún límite. Yo espero a vosotros, hoy más que nunca, la mayor disciplina con relación al Ejército a cuyo lado y en cuyo servicio nos hemos comprometido a salvar a la Patria.

Hagamos el sacrificio de nuestro silencio y de nuestro amor propio; día vendrá en que este sacrificio de ahora, que tanto tiene que costarnos, se convierta en una gran satisfacción y en un título de gloria.

Porque quienes no nos conocen verán entonces que la Comunión Tradicionalista sabe llegar en la abnegación a las mismas cumbres que en el heroísmo.

Os saluda muy cariñosamente vuestro afilmo.

FRANCISCO JAVIER (Rubricado)
 En el día de Reyes de 1937.

ACLARANDO POSICIONES

Los modernos Estados Totalitarios y el Estado Tradicional

Se confunden ambos términos con frecuencia. Y el que en las dos doctrinas se admita el estado corporativo no es suficiente para identificarlas. Es el fascio consecuencia de las teorías individualistas del siglo pasado. El hombre, sin el apoyo de los gremios, es absorbido por el Estado. El individuo, en buena Etica cristiana, se incorpora a la sociedad mediante la familia. Mas, como el liberalismo es atómico, niega la familia, y, en consecuencia, el Municipio, conjunto de aquéllas. Casi no es necesario añadir que la comarca y la región, basadas en el Municipio, están olvidadas en el liberalismo.

Se tiende a un Estado fuerte. Mas, a que el Estado lo sea todo. Y se cae de lleno en el socialismo. Y, mediante esta doctrina, no se socializa solamente la propiedad, sino casi todas las humanas actividades. Hemos dicho que fascio y tradición coinciden en la forma corporativa. Veamos a qué concepto responde esta forma.

“No hay en España ni fuera de España, otra organización política, que Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.” Así reza una advertencia que infinidad de veces se ha publicado y difundido por todos los medios.

Para nosotros los tradicionalistas, esa advertencia tiene algo así, como el propósito de sepultar en el olvido nuestra personalidad; no vamos a discutir las intenciones de quien la proclamó, pero sí objetaremos el uso que se hace de ella.

Comprendemos que durante la guerra había que unir en un solo impulso todas las actividades de los que sostenían la causa de España, pero sea por la confusión de la hora o por otras razones difíciles de confesar, una de las partes integrantes del partido oficial, apoyada casi siempre por el calor de representantes oficiales, ha tratado de posponer y anular a la otra parte integrante de ese partido; demás será decir que se ha querido alejar nuestras actividades.

Consideramos que ha habido de parte de quienes quedan aludidos, no sólo falta de tacto, sino que, han trabajado en su contra.

El Partido Tradicionalista ha dicho con acierto nuestro admirado y por muchos conceptos admirable Oller, “es esencia y las esencias no desaparecen”, el gran García Sanchiz en su charla “Boinas Rojas” del Teatro Odeón, dijo: “El Carlismo obtendrá o no su premio por sus sacrificios en la guerra. Si no lo obtiene, es capaz de esperarlo por un siglo más, como aquel abad del gran monasterio de Leyre, San Virila, que no pudiendo comprender que la bienaventuranza eterna consistiese en estar siempre contemplando la visión de Dios, fué aleccionado por el cielo según una bella leyenda: pensando en este problema comenzó a cantar un pájaro, el abad lo estuvo escuchando ensimismado y cuando retornó al monasterio todo había cambiado y sólo se recordaba haber habido un abad Virila hacía tres siglos escuchando el canto del pájaro, y le pareció un momento. Así es el Carlismo, cual el abad Virila”.

Así es el Carlismo, cuando se le creyó muerto, cuando se decía que el Carlismo había sido; sorprende al mundo con sus inigualados Requetés que, si miles y miles han caído en los campos de batalla, miles y miles llegan al final de la contienda, diciéndonos del vigor y pujanza del Carlismo.

Ese prurito de sepultar en el olvido nuestra personalidad, ha tenido aquí en América mayores cultores. ¡Vano empeño! Aquí hemos visto el desgano manifiesto hacia nosotros, se nos quería, pero se nos quería confundidos en “lo de ellos” y por esa causa, muchos de nosotros hemos quedado al margen de las actividades oficiales, aunque hayamos cooperado a la obra común.

Para forjar el nuevo Estado no se podrá prescindir de las esencias puras de España que siempre han estado cobijadas bajo las banderas de la Tradición; si así no se hiciera, se enjendraría una injusticia monstruosa, —que no se creemos por otra parte sea consentida por el gran Caudillo Franco,— y se iniciaría un nuevo capítulo doloroso para España, porque será inútil, todo aquello que se haga para anularnos y confundirnos en “lo de ellos”, si su consigna es “a por el todo” la nuestra será “a por nuestro todo”.

LARRANBERE.

La familia y el Municipio son Sociedades inferiores al Estado. Se reúnen entre sí y constituyen las regiones y comarcas. Pero como el hombre puede emitir solamente juicio de lo que sabe, de aquí se saca en consecuencia que la elección de cargos públicos ha de ser por profesiones. De esta manera se atiende al bien común, pues todos los oficios están representados. Y no se elimina el individuo porque aún las sociedades inferiores, —familia, municipio y región— en las cuales encuentra el hombre fundamentos y apoyo, son respetadas.

Es, en la Tradición, el Estado corporativo producto de este proceso. No sabemos, en doctrina fascista, a que responde, porque ni aún a la religión se le conceden sus fueros y privilegios ni se nos habla más que de individuo y Estado.

Además, no rompe la Tradición la continuidad histórica. Por eso, somos legitimistas, por la misma razón por la que somos tradicionalistas.

La familia y el Municipio son Sociedades inferiores al Estado. Se reúnen entre sí y constituyen las regiones y comarcas. Pero como el hombre puede emitir solamente juicio de lo que sabe, de aquí se saca en consecuencia que la elección de cargos públicos ha de ser por profesiones. De esta manera se atiende al bien común, pues todos los oficios están representados. Y no se elimina el individuo porque aún las sociedades inferiores, —familia, municipio y región— en las cuales encuentra el hombre fundamentos y apoyo, son respetadas.

Además, no rompe la Tradición la continuidad histórica. Por eso, somos legitimistas, por la misma razón por la que somos tradicionalistas.

La familia y el Municipio son Sociedades inferiores al Estado. Se reúnen entre sí y constituyen las regiones y comarcas. Pero como el hombre puede emitir solamente juicio de lo que sabe, de aquí se saca en consecuencia que la elección de cargos públicos ha de ser por profesiones. De esta manera se atiende al bien común, pues todos los oficios están representados. Y no se elimina el individuo porque aún las sociedades inferiores, —familia, municipio y región— en las cuales encuentra el hombre fundamentos y apoyo, son respetadas.

“No hay nada tan tiránico como los poderes débiles, como los gobernantes débiles, porque cuando un Gobierno es débil, toda la fuerza, todos los recursos y todos los medios que tiene el Poder tiene que emplearlos en la propia conservación y no en el bien público, y como todo lo que emplea en la conservación de sí mismo lo resta al bien común, invierte los fines de la soberanía, que en lo que consiste la tiranía, precisamente, y en vez de enderezar la acción de la soberanía hacia el bien público, la endereza hacia el bien privado del gobernante, y cuando esto sucede se alteran las relaciones todas del Estado, y ya ni la política interior ni la política internacional se miden más que por el interés que sugestiona y que inspira la musa temblorosa del miedo”. — VAZQUEZ DE MELLA.

UNA GRAVE ADVERTENCIA SINTOMÁTICA

(Viene de la pág. 1)

truya toda su historia y reniegue de ella y hasta de su propia alma, y que el Carlismo se olvide de su programa, de la historia de España y de que el más grande de sus Reyes, Carlos VII, juró solemnemente ante la hostia consagrada devolver a las regiones españolas las libertades, fueros y privilegios legítimamente suyos y no sólo a las regiones representadas por las juras de Guernica y Villafranca, sino a todas las regiones españolas, entendiéndose comprometerse “ante Dios y los hombres” por sí y por los suyos, como lo afirma terminantemente en su Testamento Político.

EL REQUETE ratifica lo ya manifestado en número anterior, o sea, que reprueba y condena la persecución de que se hace objeto al vascuence venerable y al catalán, y, si está en todo momento presto a luchar y a morir por la unidad e integridad de España, no lo está menos por lo que es consustancial a la historia y grandeza de la misma; ya que jamás fué tan grande como cuando las regiones españolas gozaban de sus fueros y libertades, y jamás fué tan menguada y envilecida, como cuando un centralismo absorbente, que se pretende resucitar y aumentar, redujo a la nada aquellas libertades.

¡Viva España!
 ¡Vivan las regiones españolas!
 ¡Vivan sus fueros y libertades!

El Carlismo Idealista y Popular Victorias de Nuestras Cruzadas ¡Oriamendi!

Por J. E. CASARIEGO

Al carlismo se le han reprochado muchas cosas: el haber sostenido las guerras civiles, y con ello causar la ruina del país; el ser una fracción dinástica, un pleito personal en el que no tenían por qué mediar con tanto sacrificio los españoles; el ser defensor de privilegios intolerables, y otros muchas cosas, todas ellas de sombríos tintes.

Por su parte, los anticarlistas eran los que iban a traer la felicidad a España, los que defendían el Progreso, la Cultura, la Humanidad y el Pueblo (así, con mayúsculas), los que tenían la panacea para todos los gustos encerrados en unos frascos bajo las siguientes etiquetas: moderados, progresistas, conservadores, liberales, republicanos, federales, social-demócratas, comunistas y anarquistas.

Quién fué el culpable de las guerras carlistas es pleito que con diámetra maravillosa y razonamiento aplastante decidió Mella hace ya bastantes años. El régimen que proponía el carlismo era el tradicional, el que con más o menos variantes, había habido siempre en España. El otro vino de fuera, y con mejores o peores artes lo desplazó del Poder. El que entra en la casa para cambiar las costumbres del dueño es el culpable de la camorra que pueda suscitarse. El que está en ella y se defiende, no.

Claro está que puede argüirse que hay costumbres que es lícito cambiar. No es este, ni muchísimo menos, nuestro caso; pero aun concediéndolo así — en pura hipótesis dialéctica de concesión —, nunca podrá cargarse la culpa al agredido. Lo más que podrá decirse: yo provoqué una guerra justa y necesaria. Pero aparte de que los enemigos del carlismo jamás usaron ese lenguaje, queda claro que es totalmente falsa esa culpabilidad que quiere echársenos. Los que hicieron y tienen que responder de las guerras civiles del siglo XIX son los anticarlistas.

Otro reproche que se cae por sí solo es eso de que el carlismo fué una causa antipática y el anticarlistismo una causa popular. Este punto es tan débil, que no puede ni tenerse en cuenta si se le mira un solo instante. Porque vamos a ver: ¿Quién contó con muchos nombres populares? ¿Quién luchó desde la oposición? ¿Quién contó con la fervorosa adhesión de provincias enteras? ¿Quién era el que, al comenzar la lucha, no tenía ni un sólo batallón organizado, ni una sola aldea en su poder? ¿El carlismo? En cambio, ¿quién contaba con el Estado y, por lo tanto, con el Ejército, las ciudades, la comunicación, el Tesoro y la Diplomacia? ¿El liberalismo? ¿De dónde nutrían sus filas combatientes los liberales? ¿De las levas forzosas? ¿Y los carlistas? Del voluntario, de los mozos y los hidalgos, que con el mejor espíritu guerrillero, "levantaban partidas" para "echarse al monte" a defender el Rey y la Patria, la Religión y los Fueros.

Y esa popularidad de nuestra causa no fué patrimonio de ninguna región. El primer chispazo ocurría en Talavera de la Reina, repercutió en León, y acto seguido, en la Mancha y el Maestrazgo, en la Tierra de Campos y en Euzkalerria, formaron los primeros incipientes batallones de "voluntarios del Rey". La milicia regular estuvo en bloque como institución y como personas contra el alzamiento. El caso de Zumalacárregui — primer general español de su siglo, estudiado en las Academias militares extranjeras —, que era coronel del Ejército, es una excepción. Cabrera — genial y magnífico — era seminarista y empezó de cabo, Gómez había sido en la guerra un simple señorito andaluz que ganó los galones de subteniente — un alférez provisional de 1808 — en la batalla de Bailén. Todo en el carlismo fué popular, improvisado, genial; es decir, genuina y castizamente español.

¿Fué el carlismo un pleito dinástico, una cuestión de personas? ¡Mucho menos! Fué, por el contrario, la causa más pura, más idealista, más permitidme un adjetivo, aunque no sea muy exacto — romántico que hubo en España. En las luchas carlistas se debatían principios elevados y eternos, luchaban concepciones opuestas de la vida y del Estado. En el carlismo, los principios puros estuvieron siempre por encima de las personas. ¿Ejemplos? El legítimo Rey de España Don Juan — padre del gran Carlos VII — renunció a la Corona porque había mostrado

simpatías por el liberalismo y en la guerra estuvo de simple ingeniero militar. ¿Más ejemplos? Las mismas frases de Don Carlos en su inmortal Testamento político:

... Nuestra Monarquía es superior a las personas. El Rey no muere. Aunque dejéis de verme a vuestra cabeza, seguiréis, como en mi tiempo, aclamando al Rey legítimo, tradicional y español, y defendiendo los principios fundamentales de nuestro programa...

... Si apuradas todas las amarguras, la dinastía legítima que los ha servido de faro providencial estuviere llamada a extinguirse, la dinastía vuestra, la dinastía de mis admirables carlistas, los españoles por excelencia, no se extinguiría jamás. Vosotros podéis salvar a la Patria, como la salvasteis con el Rey a la cabeza de las hordas mahometanas y huérfanos de monarca, de las huestes napoleónicas...

Palabras excelsas, cuya visión profética no puede menos de conmovernos en el día de hoy.

LOS REYES CARLISTAS

(Viene de la pág. 4).

... illece, por su bondad, por el exagerado — si cabe en esto exageración — amor al prójimo, es la Reina Margarita que hizo feliz con su matrimonio a don Carlos VII.

El maestro Aparisi y Guijarro, hizo esta semblanza de doña Margarita:

Doña Margarita de Borbón es un encanto. La he contemplado junto a la cuna de su hija, ocupada en domésticas labores como Isabel la Católica. En aquella cuna y en su maridaje tiene todo el mundo. ¿Qué sencilla en su trato! ¿Cuán buena para los pobres! ¿Qué hermana de la caridad para los enfermos! Bien lo supo el anciano de Arévalo poco antes de morir, y la bendijo... Cuando habla esa mujer se le ve el corazón, y nada hay más hermoso en el mundo: cuando habla, no quisieramos que acabase de hablar porque hay en esa mujer una cosa muy rara... y es que tiene un ingenio peregrino; pero ella no lo sabe. ¡Dichoso el hombre que la llama esposa! ¡Dichoso el pueblo que la calude Reina!

Y esto dijo el maestro antes de la última guerra carlista que él no conoció. ¿Qué hubiera dicho Aparisi, si Dios le hubiese conservado la vida para verla después en los hospitales mirando "igualmente por carlistas y liberales" — según declaró un médico y escritor liberal —, en aquellas tareas tan maternales que tantas veces las recuerdan y reproducen nuestras Margaritas que llevan el nombre del Ángel de la Caridad, para perpetuar su memoria, para socorrer al necesitado, trabajar por el desvalido y en la campaña atender con solicitud y esmero a los que luchan por los mismos ideales de la anterior cruzada, siguiendo en todo las huellas de aquella Reina cuya figura se reproduce cuando se visita Trache y parece que aún la vamos a encontrar por aquellas galerías que todavía están impregnadas del espíritu de su amor y del bálsamo de sus virtudes.

DOÑA MARÍA DE LAS NIEVES DE BRAGANZA

Nuestra Reina la hemos llamado estos últimos años. ¿Qué inteligente e interesante esta augusta dama, tan enamorada y unida en toda su vida al Rey don Alfonso Carlos (q. s. g. h.), junto al cual hubiera querido morir para presentarse también unidos en la eternidad a gozar del premio de la eterna bienaventuranza que corresponde a una vida tan cristiana y ejemplar!

Doña María de las Nieves, acompañó a su egregio esposo en Cataluña y el Centro en la última guerra carlista y junto a él sufrió y gozó de las penalidades y amarguras de las campañas y de las alegrías proporcionadas por sus heroicos voluntarios. Siempre junto a su marido, en su libro "Mis Memorias", refleja con sencillez encantadora su desesperación cuando en 1872 tuvo que separarse de don Alfonso Carlos para que éste, burlando la vigilancia francesa pudiera llegar a España, y los esfuerzos que realizó hasta unirse a él, del que ya no se separó en toda la guerra y en toda su vida, más que cuando Dios se lo lle-

Rudos habían sido los días primeros de marzo de 1837. El general Guibalde se encontraba enfermo; sus mejores brigadieres heridos; muertos algunos jefes y heridos otros; los voluntarios no habían cesado de batallar, de andar, de no dormir y de no comer.

Llegaron nuevos refuerzos mandados por el Infante don Sebastián, que fueron saludados con vítores. Aquellas tropas, fatigadas por el incessante bregar, recobraron nuevos alientos, y querían terminar en una sola batalla la campaña. Lo que ocurría con la villa de Hernán produjo indignación. Los liberales la asediaban; los proyectiles destruían las casas; montones de ruinas, hacimientos de muebles al aire libre, hombres que desde los parapetos, preparados convenientemente, se defendían con heroísmo; camino de Tolosa, mujeres, ancianos y niños, llorando, despidiéndose de sus hogares perdidos; viejos que daban guardia a carretas, donde conducían a las monjas que tuvieron que abandonar sus conventos, mientras los mozos se disponían a continuar la

lucha y las doncellas cuidaban de los heridos. Era horrible la situación de aquel pueblo por querer defender el ideal sublime de las tradiciones patrias.

Las fuerzas del Infante tomaron posiciones, y los liberales, viendo que se les iba la presa, arrojaron en sus ataques. Tres grandes ejércitos estaban en combinación para derrotar a los carlistas. Espartero, Lacy, Ewans y Sarsfield quisieron aprisionar a los leales, comandados por don Sebastián de Borbón.

Espartero no pasó de Durango. De las tropas de Sarsfield se había desbarazado en días anteriores el infante, y éste tenía que haberse las con las anglo-españolas de Ewans. Este envolvió en una nube de fuego a los carlistas. Entonces ocurrió algo grandioso, edificante, sublime.

Bajo una lluvia de balas, el capitán de uno de los batallones de Carlos V descubrió su cabeza, sacó un Crucifijo y exhortó a sus soldados a que hicieran un acto de contrición. Los soldados cayeron de rodillas, inclinaron sus cabezas los jinetes, recibieron la bendición del sacerdote y marcharon al combate fortificados con la fe.

El general don Pablo Sanz quiso tomar posesión de la altura del Bertizarán. Ordenó a sus soldados y subió, desplegando sus fuerzas en guerrilla. Las balas silbaban sobre las cabezas de los voluntarios, pero éstos no se preocupaban más que de llegar a la altura, cargando a la bayoneta con intrepidez, y penetrando en las filas enemigas, de las que se desbarazaron muy pronto. Los liberales se retiraron en desorden.

Por otra parte, los generales Iturriza y Sopena, que se hallaban en Astigarraba, atacaron la izquierda de las tropas de Ewans, y condujeron a éstos más allá del reducto de Oriamendi.

Quiles, Iturriza y Villarreal secundarían el ataque, y Pérez de las Vacas quedaba de reserva para socorrer a la parte más débil.

Nuestras fuerzas arrollaron a las de Ewans. La vanguardia liberal se replegó en desorden, y obligó, con

su movimiento, a que la retaguardia se retirara.

Villarreal atacó el centro. Arengó a sus tropas. El combate se desarrolló con violencia. Los ingleses cayeron deshechos ante el empuje de los carlistas, pero siguieron fuertes, valerosos, defendiendo sus posiciones palmo a palmo, que poco a poco iban dejando a los voluntarios de la Tradición, que tenían que ganarlas pisando cadáveres y después de luchar a brazo partido.

De pronto apareció un jefe inglés montado sobre un soberbio alazán, arengando a los liberales y enarbolando una bandera. Ante ella se congregaron nuestros enemigos, y por un momento recobraron alientos y ganaron algo del terreno perdido. Un soldado carlista se dirigió al jinete enemigo, mas quedó herido de un sablazo del jefe liberal. El voluntario pudo todavía disparar su fusil y causar la muerte del inglés apoderándose de la bandera. Volvió la confusión. Se oyeron lamentos de los heridos y los gritos de guerra de los combatientes. En poco tiempo los liberales eran únicamente dueños de la altura de Oriamendi.

Nuevo ataque, y a los gritos de "¡Aurrerá!" y "¡Viva Carlos V!", se lanzaron los nuestros contra aquella posición. Vencieron, por último, y sobre la altura de Oriamendi se vieron pronto brillar las bayonetas carlistas.

El ejército anglo-español dejó en el campo 400 muertos. Además tuvo 900 heridos y 150 prisioneros. ¡Carles había costado a los cristianos el intento de destruir a los partidarios de don Carlos!

Sarsfield volvió derrotado a Pamplona; Espartero se refugió en Bilbao, y Ewans, con el resto de sus tropas, se marchó a San Sebastián. Lacy Ewans, en comunicación que dirigió a Espartero, le decía textualmente:

"He perdido en cuatro días más de dos mil hombres; los liberales no estaremos aptos para ningún deber importante por algún tiempo".

Esto indica el alcance de la victoria obtenida por los carlistas que dirigía el infante don Sebastián.

Galería de Personajes Carlistas

DON JOSE LERGA

De soldado a general; de general a picapedrero

En la cruenta batalla del Puente de Arquijas, cuando Zumalacárregui revistó a sus bravos voluntarios después de la brillante jornada, ordenó que de las filas saliese dos pasos al frente uno de los más humildes, pero mejores soldados. Era un voluntario oscuro y muy mozo. Obedeció en seguida, y a todos extrañó su seriedad cuando se colocó ante su general. Sus compañeros pusieron a temblar por el recruta, creyéndose que se trataba de algún juicio sumario.

Pero no fué así; Zumalacárregui, el magnánimo, el recto y bravo caudillo de los ejércitos de Don Carlos, nombró oficial en el acto al humilde soldado, recompensando así sus servicios a la bandera tradicionalista. El nuevo oficial era José Lerga. ¿Qué proezas habría realizado aquel hombre, para que así lo distinguiera Zumalacárregui!

Terminó la guerra, y Lerga, por sus méritos, por su lealtad, por su talento natural, por su bravura, había alcanzado el empleo de coronel. Carlos V le autorizó para que se acogiese al Convenio de Vergara; pero el hombre bueno y valeroso prefirió vivir pobre a tener una brillante carrera en el Ejército al que había combatido. Era un modelo de

caballeros, de los que hay pocos, a no ser en los fieles carlistas.

Llegó la última guerra, y el lealísimo Lerga empuñó de nuevo las armas y ascendió a general.

Se distinguió mucho; su sangre se picó los campos teatros de sus hazas, y vió, con llanto en el alma, que la Causa fué nuevamente vencida por las traiciones y la deserción.

Pudo someterse al nuevo orden de cosas; pudo haber cobrado cien duros mensuales, a que tenía derecho, y sin embargo, en los últimos días de su vida se pudo ver en un pueblo navarro al gran caballero, al héroe Lerga, picando piedra, lleno de años, con canas en la cabeza, cargado de trabajos, pero satisfecho y contento con vivir de ese modo...

... Y sus manos acariciaban el martillo con que pulverizaba la piedra...

... Y aún soñaba, y soñaba, y se llenaba de entusiasmo, y añoraba los tiempos pasados, y quería volver a empuñar y a besar el pomo de la espada para pelear por Don Carlos...

¡Sublime Lerga! Recibirá por recompensa la que reciben en el cielo los mártires de los principios salvadores!

¡Así viven y así mueren los leales de la Tradición!

Si Dios lo premia todo, ¿cómo ha de olvidar a este pueblo carlista que le ofrece el ánfora hermosa de sus trabajos por él, ánfora llena de sus lágrimas, de su sangre, que tres generaciones han derramado, y que la levantan como un caliz purísimo ante Dios, diciendo: ¡Señor! En los días funestos en que todos te escarnecían, en que tenías sed y nadie aplicaba a tu boca ni una gota de consuelo, el partido Carlista de proclamó, te dió su sangre y su vida y te fué fiel hasta el martirio; y cuando te negaban los sectarios no te quedabas en el Calvario solo con las mujeres, sino que te acompañaba en tu agonía este ejército de cruzados.

Mella - 27 de Julio de 1908 en Zumárraga).

LOS REYES CARLISTAS

CARLOS V. CONDE DE MOLINA

En aquella Corte envilecida de Carlos IV, que tanto daño hacía a la Monarquía, parece que don Carlos María Isidro estaba designado para representar a la institución tradicional limpio de la corrupción y vileza que asfixiaba a sus reyes. Por eso, católico integerrimo y español ante todo, prisionero de Napoleón, como toda la familia Real, fué el único que no consistió en suscribir la renuncia de los derechos a la corona de España. "Cuando en la prisión de Valencey — escribió don José Joaquín Aupiais — Fernando se arrastraba a los pies del César blasfemo que había osado poner su sacrilega mano en la venerable mejilla del Vicario de Cristo, Carlos permanecía altivo y entero conservando en todo momento esa resignación digna y ese orgullo noble que caracterizan a las almas grandes sumidas en la desgracia". Y Mella, dijo: "El joven Príncipe que después se llamó Carlos V, oponiendo a Napoleón en el castillo de Matarac el non possumus del honor en medio de la debilidad y vileza de Carlos IV, y Fernando VII, se yergue al lado de los que cayeron en el Parque y entre los escorbos de Zaragoza, como una de las figuras más merecidas que el odio político ha tratado de cubrir con el velo del silencio". De glorioso recuerdo.

Don Carlos nació el 28 de Marzo de 1788 en Madrid. El 16 de Marzo de 1833, fué desterrado y marchó a Portugal.

Ardía ya la guerra en España, la primera guerra carlista en defensa de la Legitimidad y de la España Tradicional, frente a la usurpación y a la invasión liberal y revolucionaria, y el día 10 de Julio salió de incógnito para España entrando por Urdax, el día 12 y el 15 revistó por vez primera a los batallones carlistas.

Toda la guerra llamada de los siete años permaneció Carlos V. en España hasta que vendida la Causa por la traición de Maroto, primero con los fusilamientos de Estrella en Febrero de 1839, y más tarde con el maldito Convenio de Vergara; el 14 de Septiembre entraba en Francia seguido de más de diez mil voluntarios.

Estuvo casado con Ana María Francisca Asís de Braganza y viudo de ésta, en plena guerra civil, casó en Azcoitia, con la hermana de su primera mujer, la princesa de Beira.

Al elegir un juicio sobre el primer acto de nuestros Reyes, elegimos el de un adversario político, el general Marqués de Mendigorría, que en sus "Memorias íntimas", habla de don Carlos en estos términos:

"Distingúese aquel Príncipe desde los primeros años por su probidad y honradez verdaderamente intachables, por el sentimiento de rectitud que guiaba todos los actos de su vida, y por la grandeza con que llevaba a cabo todo cuanto se proponía. Creo positivamente — quizá extrañen algunos esta afirmación mía — que si en la conciencia de don Carlos hubiera penetrado la convicción de que los derechos a la corona eran patrimonio de la hija de su hermano el rey Fernando, a quien amaba con pasión, no habría tenido doña Isabel II en todo su reinado súbdito más fiel y obediente, defensor más constante y decidido. Para don Carlos la legitimidad de sus derechos constituían una verdadera religión, y así los mantuvo. De esforzadísimo corazón, viéronle sus partidarios muchas veces vestido de grande uniforme y con las insignias de Capitán General recorrer a caballo las guerrillas de sus defensores con imperterritito continente, exponiéndose a las balas en Mendoza, en Mendigorría, en Huesca, en Barbastro cual el más humilde de sus soldados. En Grá, en Chiva y en Hetuerta, hizo alardes temerarios; se expuso durante toda la campaña a las mayores fatigas y penalidades, desempeñando a veces enojosas misiones tales como sufrir la persecución de las columnas cuando en tiempos de Zumalacárregui llamó sobre sí las fuerzas de Rodil, Mina y Valdés, entretanto que sus generales realizaban operaciones lejanas y alcanzaban ventajas más o menos reconocidas".

CARLOS VI. CONDE DE MONTE-MOLIN

Digno hijo de Carlos V. Madrileño como él. Fué también igual en religiosidad, sencillez y virtudes. Nació el 31 de Enero de 1818, época de turbulencias y próxima a cambios políticos, a los catorce años ha de conocer el exilio. Cuando el 18 de

Mayo de 1845, abdica su augusto padre, Carlos V, que entonces adopta el título de Conde de Molina, acepta la abdicación por lo que se le transmiten los derechos a la corona de España.

Don Eustaquio Echeve-Sustaeta, comentando este primer acto del Conde de Montemolin, escribió: "Es decir: que Carlos VI es la continuación de Carlos V, con su bandera y su programa católico, tradicional y juerista".

Renuncia a seguir gestiones para casarse con Isabel, la hija de Fernando VII por entender incompatibles las ideas que ambos representaban. Buen ejemplo de que el carlismo no fué nunca una cuestión dinástica como querían hacer ver sus enemigos.

En 1846 empezó un alzamiento carlista, al grito de ¡Viva Carlos VI! que en Navarra fracasó por no haber recibido el apoyo esperado, fracasó también en Guipúzcoa con el fusilamiento del general Alzá. En Cataluña lo sostuvo Cabrera hasta 1849 en que terminó todo por falta de dinero, fusiles y la defección de algunos jefes. Hubo otro alzamiento en 1855 en Zaragoza, fracasado también y por fin el desgraciado de San Carlos de la Rápita en que el valeroso general Ortega fué fusilado y preso el propio don Carlos. Esta intenciona todavía no la ha aclarado la historia.

Desde luego Carlos VI, acudió a España porque contaba con muchos apoyos que podían garantizar el triunfo, pero a la hora de la verdad se echaron atrás y dejaron sólo al caballeroso general Ortega.

Poco tiempo vive ya este cristiano y valeroso príncipe. El 10 de Enero de 1861, fallece en pocas horas su hermano don Fernando, el día 13 muere don Carlos y al día siguiente su esposa. Se lanzó la especie de que habían muerto por envenenamiento pero los médicos certificaron que fallecieron de fiebre tífica.

CARLOS VII, DUQUE DE MADRID

De los caudillos que componen la cronología de la dinastía carlista en su secular y glorioso desenvolvimiento, fué, sin duda, Carlos VII, el primer Duque de Madrid, quien alcanzó mayor valor representativo. Mucho debido a sus cualidades personales, no poco a las que concurrían en la época, en el periodo histórico que vivió, ninguno como el tercero de nuestros representantes en el destierro simboliza la infranqueable barrera doctrinal con la revolución.

El día 30 de Marzo de 1848, a la seis y media de la mañana, y en una pobre fonda de Laybach, antiguo gobierno del Reino de Iliria nació Don Carlos de Borbón y Austria de Este. En la corte de su tío Francisco V

de Modena, conmocionada por las derivaciones de los sucesos revolucionarios del 48, transcurrió la infancia de Don Carlos, con todas las vicisitudes que aquella revolución — la más trascendente de las del siglo XIX — imponía a las familias de sus progenitores.

Borbón de la rama primogénita y desterrada desde la protesta de la España tradicional contra el liberalismo triunfante; Austria, de la casa representativa de las legitimidades caídas en Italia al impulso de la revolución garibaldina; Braganza, de la estirpe Miguelista, con la misma representación contrarrevolucionaria; y Saboya del primitivo Linaje, sancionado por la evolución de la segunda línea de los Príncipes de Carínia, era por cuatro costados vástago de los cuatro Linajes más significados por su fidelidad a los principios tradicionales y al derecho histórico en aquellos días de su nacimiento, los más conmovidos política y socialmente.

La infancia de Don Carlos fué triste y accidentada, errante y nostálgica. La defección de su padre, D. Juan de Borbón hizo que de la educación y formación del joven Príncipe se ocupara principalmente la egregia viuda de su abuelo Carlos V, la inolvidable Princesa de Beira, María Teresa de Braganza, figura digna de pasar a la historia en parangón con otras mujeres de personalidad acusada y fuerte.

Fué en el 1864 cuando consultada María Teresa por algunos carlistas sobre la posición que creaba a las huestes legitimistas la conducta de D. Juan de Borbón, respondió con su famosa Carta a los Españoles, que publicó "La Esperanza", documento en el que afirmaba que los derechos personales arrancaban y se sostenían por los principios que los consagraban y si era el Rey el que faltaba a ellos, por este solo hecho dejaba de ser Rey.

Desde este momento, Don Carlos sólo pensó en España, la patria lejana y añorada que tanto decía a su corazón de adolescente.

La guerra civil española de 1872 a 1876, fué la cruzada más interesante de las luchas civiles del siglo XIX. Lo doctrinal predominó en ella sobre lo dinástico mas que en la de 1833 a 1840. Comenzó al grito de ¡Abajo el extranjero! reinando Don Amadeo de Saboya, continuó contra la efímera primera República y terminó después de asentada la restauración alfonsina.

Fué heroico en heroísmo y en generosos esfuerzos que ciertamente bien se ve hoy! no fueron baldíos.

El largo periodo de su destierro, desde 1876, en que con 28 años abandona el territorio donde reinó, hasta 1909 en que muere, sexagenaria,

en Varesse, evoca la noble figura del desterrado, que mantiene siempre con majestad y prestanza su posición en la desgracia, cosa no frecuente, ciertamente, entre los Príncipes caídos. Esto, aparte del peso enorme que la política tradicionalista que le tuvo por caudillo, acusó en la vida nacional de España.

La actuación de la política carlista durante este tiempo fué de evidente finalidad como contrapeso de los avances revolucionarios. Los hombres liberales de Gobierno explotaban con frecuencia el fantasma del carlismo para contener las exigencias de los más radicales. Sagasta lo invocaba frecuentemente:

—Eso no se puede hacer porque no hay que olvidar que el partido carlista pondría en el campo ochenta mil hombres — decía cuando se veía acosado por los empujes demagógicos.

El partido carlista actuaba de Guardia Civil de la Iglesia sin que los Obispos ni el alto clero se le mostrasen, ciertamente, muy agradecidos.

Llegaron los días trágicos de 1898; la pérdida de los restos de nuestro Imperio colonial, y infamia del "Maine", la guerra con los E. Unidos, la luctuosa primavera de Cavite y Santiago de Cuba. Carlos VII, desde su destierro de Loredán, lanzó varios patrióticos documentos; el General carlista Cervero pidió una hacha de abordaje; por el partido carlista corrió una sacudida de patriotismo; hasta salieron algunas partidas: la de Badalona, la de la Torre del Baró

Pero las características de la época — apogeo del derrotismo — no permitían la reproducción de la gesta.

Pero entonces escribió Don Carlos su inmortal testamento político, guía política de todos cuantos cada vez más sentimos en tradicionalista. Su fe no desmayaba.

"Si España es sanable, a ella volveré, aunque haya muerto. Volveré con mis principios, únicos que pueden devolverle su grandeza; volveré con mi bandera, que no rendiré jamás, y que he tenido el honor y la dicha de conservar sin una sola mancha, negándome a toda componenda, para que vosotros podáis tremolarla muy alta."

Y ha vuelto, en efecto. Ha vuelto con su bandera, que hoy tremolan muy alta, muy alta y muy señera los hijos de sus voluntarios, los gloriosos Requetés y cuantos luchan, con heroísmo jamás igualado, por reintegrar España a su destino histórico.

2o. DUQUE DE MADRID
DON JAIME DE BORBON

El hijo de Carlos VII, fué el ídolo popular de las generaciones modernas del carlismo.

Nació el 27 de Junio de 1870. Aún conoció la guerra carlista y vivió en la Corte de Estella pudiendo decirse que se crió entre el humo de la pólvora y el estruendo de las batallas. Así fué luego su formación militar, su inclinación a las armas y su temperamento guerrero, del que podrían hablar las Academias donde se educó y más tarde las guerras de Rusia contra China y el Japón, en las que se significó notablemente, alcanzando estimación, ascensos y condecoraciones al servicio de la Rusia imperial.

D. Jaime amó siempre la aventura y de incógnito se encontró en diversos actos políticos y entre los tiros con que una vez en Barcelona — una de tantas — carlistas y radicales dimitían sus pleitos haciendo hablar a las pistolas, en su primer manifiesto. "A mis leales", a la muerte de su augusto Padre, en el que hacía su yos todos los documentos de D. Carlos, decía textualmente: "En mi programa no hay sitio para el miedo".

Dan Jaime fué testigo en diversas ocasiones del amor de los suyos, de lo que esperaban en él para el momento de la verdadera restauración, y una de ellas fué en aquella memorable Peregrinación a Lourdes, que se llamó Peregrinación de la Lealtad. "Príncipe educado en la adversidad — escribió don Juan María Ro-

ma — alejado de adulaciones y de intrigas; dotado de admirables dotes militares, de valor temerario, de entendimiento claro y gran conocedor del mundo, don Jaime constituía una garantía sólida, verdadera, en la lucha por la regeneración de España, único objeto de sus ansias".

¡Como hubiera saltado su corazón de alegría, de haber sobrevivido, si hubiera visto con que valor y con que entusiasmos luchan y mueren sus Requetés contra el comunismo, que fué su pesadilla y su temor pues al implantarse la República anunció con visión certera que degeneraría en el comunismo!

Príncipe Caballero le llamó Melgar en el libro que le dedicó a su muerte, y eso fué don Jaime de los pies a la cabeza. No pudieron decir otro cosa ni siquiera sus adversarios que siempre encontraron en él, todo un español, pues español ha sido siempre sinónimo de caballero. Por eso, por caballero, otros que no lo fueron tuvieron especial interés en evitar su felicidad en estropear todo intento de matrimonio porque en un odio al carlismo quisieron que desapareciesen sus Caudillos, y ese es una de las causas que don Jaime muere sin causas que don Jaime muere en realidad la rama directa de la dinastía insubornable. Don Jaime fué un caballero que por su temperamento hubiera sido el gran Rey de la España Católica e imperial.

LA PRINCESA DE BEIRA, SEGUNDA ESPOSA DE CARLOS V.

No ha sido lo suficientemente conocida esta mujer extraordinaria, que ante las veleidades y extravíos de don Juan de Borbón fué la que sostuvo con entereza varonil la bandera de la Tradición en los años que mediaron entre el 61 y el 69, y hubiera sido una reina digna de ocupar un puesto al lado de Isabel la Católica. Basta estudiar un poco su vida a través del accidentado y catastrófico reinado de Isabel II para admirar su carácter, su fortaleza, su cultura, sus conocimientos de la vida española y su inflexibilidad ante el intento de menoscabar la doctrina tradicional.

"Fué en 1864 cuando consultada María Teresa — nombre de la Princesa de Beira — por algunos carlistas sobre la posición que creaba a las huestes Legitimistas la conducta de don Juan de Borbón, respondió con su famosa "Carta a los españoles", que publicó "La Esperanza", documento en el que afirmaba que los derechos personales arrancaban y se sostenían en los principios que los consagraban, y si era el Rey el que faltaba a ellos, por este solo hecho dejaba de ser Rey. Ante la defección de don Juan, presentaba ya como Rey a su hijo don Carlos y terminaba el documento con un "¡Viva Carlos VII!", el primero que se dió. De este manifiesto que circuló profundamente por España, dijo el conocido escritor Orti y Lara que encerraba un programa completo para la restauración y gobierno de España a la manera católica y tradicional. La actividad de María Teresa fué por entonces extraordinaria y firmó también algunos documentos como Regente".

En unas líneas, que no pueden ser muchas no se puede hablar todo lo que merece la Reina María Teresa de Braganza, segunda esposa de don Carlos, que al cabo de setenta y cuatro años de su muerte aún hay quien recuerda sus virtudes, su entereza, su carácter porque ahí están sus documentos admirables y los libros que le han dedicado.

La Princesa de Beira — con nombre, derecho y temple de Reina — fué timonel del Carlismo cuando quedó desamparado y celosa defensora de la legitimidad y de la más fundamental de nuestras Leyes, "hase solidísima de la Monarquía española".

DOÑA MARGARITA DE BORBON-PARMA, EL "ANGEL DE LA CARIDAD"

Figura que descuella por su santidad (Concluye en la pág. 3).

VERSOS CARLISTAS LA MADRE DEL HEROE

Débil y triste y muy desconsolada,
la veo entre la sombra en su aposento,
llorando con profundo sentimiento
y dirigiendo al Cielo la mirada.

En su hijo su dicha fué soñada
y a su sueño mató un cruel tormento,
porque hoy la patria lleva al campamento
al hijo que quería más que a nada.

Sola y sumida en un terrible llanto,
erece verlo ya muerto en la batalla,
y cadáver lo imbra con espanto.

Consuelo a su dolor en parte no halla.
¡Ay!, su hijo duerme bajo un verde manto
de laureles al pie de una muralla.

S. E.

EL CENTINELA CARLISTA

Es alto, endurecido, musculoso
y recorta el perfil de su arrogancia
sobre el recio picacho pedregoso
que se alza en el confín que mira a Francia.

Viste de campesino vascongado:
abarcas, blusa y boina añil,
lengua de bayoneta en el costado,
y en las manos la joya de un fusil

Erguido y firme sobre la alta cumbre,
no siente ni temor ni pesadumbre,
cual caballero que sus armas vela.

Domina la barranca y el collado,
¡y duerme el Pirineo confiado
en los ojos de azor del centinela!

Triste de la nación que deja caer en el olvido las ideas y las concepciones de sus mayores. Esclava alternativamente de doctrinas exóticas, entre sí opuestas, vagará sin rumbo fijo por los mares del pensamiento, y, cuando acabe de perder los restos de la ciencia castiza, perderá, a la corta o a la larga, los caracteres distintivos de su lengua y de su arte y los de sus costumbres, y luego... estará amenazada de perder también hasta su integridad territorial y su independencia.

(Gumersindo Laverde, maestro que fué de Mella).